

PALABRAS DEL DOCTOR PLINIO APULEYO MENDOZA EN LA CEREMONIA DE GRADUACION DEL ICESI

Señor doctor Alfonso Ocampo Londoño,
rector del ICESI.

Señores miembros del Consejo Superior
del ICESI.

y miembros de su Junta Directiva.

Señores decanos.

Señores profesores.

Señores graduados.

Señores, señoras:

No quiero limitarme a manifestar al señor rector del ICESI mis agradecimientos por esta invitación que me ha hecho para decir en esta ceremonia de graduación algunas palabras. Considero que se trata de un alto honor, pues sé que en la tradición de este instituto de estudios superiores toda nueva promoción es despedida de manera especialmente solemne por hombres, como el doctor Ocampo Londoño, que expresan un pensamiento a la vez claro y profundo acerca de su misión académica, de los retos que ella ha decidido enfrentar y de la grave coyuntura nacional que vivimos.

He dicho en alguna oportunidad que en medio de las tinieblas de una situación como la que el país afronta hoy, sacudido por toda suerte de violencias, empobrecido a pesar de sus riquezas, con una crisis institucional profunda y sin un modelo claro de

desarrollo, el Valle del Cauca nos abre una luz de esperanza. Esta región, que veinte años atrás era vista como un polvorín del país quizás con razón, decidió asumir un día el reto de sus abrumadores problemas y ha sido desde entonces el escenario de una revolución silenciosa que Colombia conoce sólo a medias, sin sospechar que en ella puede encontrar las claves para rectificar a tiempo los pronósticos sombríos de su propio destino.

A mí me maravilla comprobar que esa revolución silenciosa nació en la universidad; quiero decir, en un concepto nuevo, sano, acaso tecnocrático de la educación superior. En otras ciudades del país, y en casi todas las capitales del continente latinoamericano, las universidades del Estado se han convertido en ghettos de la inconformidad, en centros explosivos de agitación política, en el laboratorio de esa revolución violenta que cierta ideología ha propuesto a los países tercermundistas. No fue éste, como se ha creído, un fenómeno espontáneo producto de las desigualdades sociales. Proviene de un pensamiento que escritores como Octavio Paz y Mario Vargas Llosa han sabido desenmascarar. Según él, la universidad no está hecha, o no debe estar hecha, para fabricar profesionales capaces de modernizar al país.

sino para formar activistas y militantes comprometidos en la tarea de demoler una sociedad burguesa.

Laboratorio de cambio para el desarrollo y la modernidad o máquina de demolición: en torno a estos dos conceptos gravita una seria disyuntiva que determina el rumbo inmediato de nuestras sociedades. Allí donde se ha impuesto la idea de la universidad como arma de una revolución violenta, bajo influencia de una ideología marxista leninista que la grave crisis del propio mundo comunista está haciendo hoy trizas, se generan factores de desestabilización, de violencia y empobrecimiento. Y al contrario, cuando se impone el concepto de la universidad como instrumento de desarrollo, apoyándose en ideas de productividad, libre empresa, acceso a nuevas tecnologías y al mismo tiempo de responsabilidad con los sectores marginales o deprimidos de una sociedad, se genera una verdadera dinámica para afrontar los retos del país.

Es lo que ha sucedido con la Universidad del Valle y con centros de enseñanza especializada como éste. De ellos ha salido la nueva clase dirigente del Valle del Cauca, que en vez de trabajar exclusivamente con criterios egoístas de beneficio económico personal, ha entendido por primera vez en Colombia que tiene compromisos con toda la comunidad y que debe liderar esfuerzos para liberarla del atraso, de la miseria, del desempleo, de la insalubridad, de la inseguridad, de la falta de opciones educativas. Con base en esta nueva filosofía, toda una red de espléndidos programas se ha extendido por la región y sus resultados comienzan a verse.

La idea realmente revolucionaria que ha nacido aquí es esta: en vez de aguardar a que el Estado lo haga todo, es la propia comunidad a través de sus dirigentes cívicos la que asume iniciativas y compromisos para generar una dinámica de desarrollo. Permítanme decirles que una idea, aparentemente tan obvia, tan simple, implica un viraje de 180 grados en nuestra mentalidad tradicional.

¿La mentalidad tradicional de Colombia, solamente? No, de toda la América Latina. Los latinoamericanos no nos hemos dado

cuenta debidamente hasta qué punto nuestro atraso económico es consecuencia y no causa de nuestro subdesarrollo político. La explicación de este fenómeno, según lo han advertido nuestros grandes pensadores más lúcidos como Octavio Paz y Carlos Rangel, es que la América Latina fue colonizada por los países de la Península Ibérica, admirables por su carácter y por sus valores espirituales y culturales, pero que navegaban contra la corriente del pensamiento moderno de la época. Aperrechados de manera oscurantista en la contrarreforma, impugnaban el racionalismo, el libre examen, el espíritu científico, las nociones básicas del ahorro, del trabajo de la actividad productiva que permitieron en el resto de Europa el desarrollo de la revolución industrial y del capitalismo moderno.

En las nuevas sociedades latinoamericanas, a imagen de la sociedad española, de la decadencia, prosperó una idea profundamente burocrática del Estado, de la prebenda, del parasitismo, de la utilización del poder como fuente indebida de riqueza, y de la ausencia de todo espíritu comunitario. Fuimos en nuestro origen tierra de botín, de saqueo y de violencia. En torno al poder, se desarrollaron grupos privilegiados en función de sus particulares intereses, llámense partidos políticos, gremios, sindicatos. Todos ellos actúan como clanes, sin una visión de conjunto de los intereses comunes de una sociedad.

Jamás logramos un verdadero equilibrio institucional. Copiamos formalmente las constituciones de los países más avanzados sin adecuarlas a nuestra propia realidad, con lo cual creamos esas repúblicas aéreas de que hablaba el Libertador Simón Bolívar. Los rigores de la ley se quedaron en la letra escrita de los códigos, pues en ninguna otra parte ésta es más desconocida y burlada o utilizada de manera más acomodaticia en sus formalismos y no en su espíritu.

Incapaces, por esa funesta herencia dogmática de los poderes que nos colonizaron, de desarrollar un pensamiento crítico, jamás logramos articular una propuesta propia, un modelo político y un modelo de desarrollo. Importamos ideologías y éstas se convirtieron, desde el tomismo

hasta el marxismo, en creencias casi religiosas, en verdades litúrgicas y lamentablemente en fuentes de violencia en su lucha por el poder. Tal vez el único invento político que hemos fabricado es el del caudillo nacional o regional, que todo lo ofrece y que en última instancia nada cambia. Ese vendedor de milagros puede llamarse Perón o Fidel Castro, puede hablar en nombre de ideologías opuestas, puede o no arrastrar multitudes febriles y ciegas, pero provoca los mismos desastres.

A estas alturas del siglo, y al amparo de esos mitos oscurantistas, se nos quiere vender por una vía sangrienta, como algo nuevo, una revolución marxista que ha fracasado en la Unión Soviética, en Europa Oriental, en el sudeste asiático y en Cuba y Nicaragua. Bajo inspiración de la Cepal, por otra parte, se ha diseñado como estrategia de desarrollo una que confiere al Estado un papel determinante en la creación de la riqueza, en su adecuada distribución y en la nivelación social. Con ello no hemos logrado entrar en la vía del desarrollo sino del subdesarrollo, creando en todas partes monopolios estatales, monopolios empresariales y monopolios sindicales y empobreciendo a las masas.

Como si el ejemplo de la Argentina, del Brasil o del Perú no fueran suficientes, muchos de nuestros dirigentes políticos siguen creyendo que en vez de buscar la expansión de nuestra capacidad productiva a través de una economía competitiva y de libre empresa, vamos a mejorar nuestro nivel de vida a través de leyes, decretos, medidas proteccionistas. Le tenemos miedo a la libertad, y preferimos culpar de nuestro atraso a factores foráneos, términos de intercambio o multinacionales, sin darnos cuenta que el primer factor que nos condena al atraso y a la pobreza son nuestros Estados omnipresentes, débiles y enormes a la vez, entabándolo todo con controles, regulaciones infinitas y burocracias parasitarias, pero incapaces de cumplir su función esencial que es la de proteger la vida, honra y bienes de los ciudadanos.

Ese Estado que nos viene por vía de herencia desde los tiempos de Felipe Segundo no lidera nada, no encara los problemas, está dejando arruinar el campo y crear tre-

mendos polos de miseria en las ciudades; está frustrando a la juventud dejando prosperar una educación elitista mientras se erosionan las universidades del Estado por su bajo nivel académico; permite que burocracias o aristocracias sindicales entren puertos, aduanas, empresas del Estado y que el clientelismo político arruine aquí y allá las administraciones departamentales y municipales. ¿Qué empresa podría prosperar con un pésimo gerente? Pues bien: la más compleja de todas las empresas es el país y su desarrollo pretende gerenciarlo un Estado que sirve para todo, menos para movilizar eficientemente las energías de la nación, crear riqueza y asegurar niveles de vida decentes a la población.

He aquí por qué decía a ustedes que al asumir de motu propio el liderazgo de la comunidad, al relevar o complementar la acción del Estado para enfrentar los problemas de la región, al asumir que la empresa privada no cumple sólo una función económica sino también social, y que no es lícito enriquecerse egoístamente en un mundo pauperizado, ustedes han puesto en marcha la verdadera y saludable revolución que este país necesita. Ella es pacífica y no violenta. Está basada en conceptos de eficiencia, trabajo, fervor cívico, responsabilidad comunitaria. Es una luz, sí, que le encienden al resto del país.

Visitándolos uno recobra la fe en Colombia lastimada por tantos desastres. Yo sé que estos 115 graduados de hoy, yo sé que ustedes, son una nueva promoción de este ejército de dirigentes que desde mañana mismo entran en la batalla del desarrollo, de la lucha contra la desigualdad y la pobreza, la alineación, el parasitismo, la retórica, la ineficiencia, los mitos y los horrores de las revoluciones sangrientas. Es decir, todo lo que viene crucificando a nuestro pobre país.

Veo esta ceremonia como una vela de armas en vísperas del combate. Salen ustedes a enfrentar los retos del año 2000 en un país rico al que lo han empobrecido políticas funestas; un país maravilloso, de gente recia y admirable, al que nos lo han llenado de sangre; un país que merece un destino mejor, y al que todos amamos profundamente.

Señor rector: yo le agradezco profundamente su invitación y sus palabras. Soy un hombre, como usted ha dicho, que pasé por los mitos de su generación, que creyó un día en las mañanas que cantan sin saber que eran crepúsculos, pero que supo en un momento dado descubrir dónde es-

taba la verdad y lucha por ella con toda su convicción democrática. Es bueno saber que todos los que aquí nos reunimos compartimos la misma causa y que tenemos la absoluta convicción de estar haciendo lo que debemos hacer por Colombia.

Muchas gracias.